

con ser sacerdote, y que si no hubiese tenido la desgracia de quedar huérfano de padre y madre en España, habria quizás logrado los medios de alcanzar allá la realizacion de mis deseos. Debo decir á vd. que soy oriundo de la provincia de Alava, una de las tres vascongadas, y mis padres fueron honradísimos labradores, que murieron teniendo yo muy pocos años, razon por la cual una tia á cuyo cargo quedé se apresuró á enviarme á México, donde sabia que mi susodicho tio habia reunido, merced á su trabajo, una regular fortuna. Este generoso tio escuchó con sensatez mi manifestacion, y se apresuró á colocarme con arreglo á mis inclinaciones. Entré en un colegio, donde, á sus expensas, hice mis primeros estudios con algun provecho. Despues, teniendo una alta idea de la vida monacal, que hasta allí solo conocia por los elogios interesados que de ella se hacian

y por la poética descripcion que veia en los libros religiosos, que eran mis predilectos, me puse á pensar sériamente en la eleccion que iba á hacer de la Orden regular en que debia consagrarme á las tareas apostólicas, sueño acariciado de mi juventud; y despues de un detenido exámen me decidí á entrar en la religion de los Carmelitas descalzos. Comunicué mi proyecto á mi tio, quien lo aprobó y me ayudó á dar los pasos necesarios para arreglar mi aceptacion en la citada Orden. A los pocos meses era yo fraile; y previo el noviciado de rigor, profesé y recibí las órdenes sacerdotales, tomando el nombre de fray José de San Gregorio, nombre que hice estimar, señor capitán, de mis prelados y de mis hermanos todos, durante los años que permanecí en mi Orden, que fueron pocos.

Residí en varios conventos, y con gran placer recuerdo los hermosos dias de so-

ledad que pasé en el pintoresco Desierto de Tenancingo, en donde solo me inquietaba la amarga pena de ver que perdía en el ocio una vida inútil, el vigor juvenil que siempre había deseado consagrar á los trabajos de la propaganda evangélica.

Conocí entonces, como usted supondrá, lo que verdaderamente valían las órdenes religiosas en México; comprendí, con dolor, que habían acabado ya los bellos tiempos en que el convento era el plantel de héroicos misioneros que á riesgo de su vida se lanzaban á regiones remotas á llevar con la palabra cristiana la luz de la civilización, y en que el fraile era, no el sacerdote ocioso que veía transcurrir alegremente sus días en las comodidades de una vida sedentaria y regalada, sino el apóstol laborioso que iba á la misión lejana á ceñirse la corona de las victorias evangélicas, reduciendo al cristianismo á los pueblos sal-

vajes, ó la del martirio, en cumplimiento de los preceptos de Jesús.

Varias veces rogué á mis superiores que me permitieran consagrarme á esta santa empresa, y en tantas obtuve contestaciones negativas y aun extrañamientos, porque se suponían opuestos á la regla de obediencia mis entusiastas propósitos. Cansado de inútiles súplicas, y aconsejado por piadosos amigos, acudí á Roma pidiendo mi excomunión, y al cabo de algún tiempo el Papa me la concedió en un Breve, que tendré el placer de enseñar á vd.

Por fin iba á realizar la constante idea de mi juventud; por fin iba á ser misionero y mártir de la civilización cristiana. Pero ¡ay! el Breve pontificio llegó en un tiempo en que atacado de una enfermedad que me impedía hacer largos viajes, solo me dejaba la esperanza de diferir mi empresa para cuando hubiese conseguido la salud.

Esto hace tres años. Los médicos opinaron que en este tiempo podía yo sin peligro inmediato consagrarme á las misiones lejanas, y entretanto, me aconsejaron que dedicándome á trabajos menos fatigosos, como los de la cura de almas en un pueblo pequeño y en un clima frio, procurase conjurar el riesgo de una muerte próxima.

Por eso mi nuevo prelado secular me envió á esta aldea, donde he procurado trabajar cuanto me ha sido posible, consolándome de no realizar aun mis proyectos, con la idea de que en estas montañas tambien soy misionero, pues sus habitantes vivian, antes de que yo viniese, en un estado muy semejante á la idolatría y á la barbarie. Yo soy aquí cura y maestro de escuela, y médico y consejero municipal. Dedicadas estas pobres gentes á la agricultura y á la ganadería, solo conocian los

principios que una rutina ignorante les habia trasmitido, y que no era bastante para sacarlos de la indigencia en que necesariamente debian vivir, porque el terreno por su clima es ingrato, y por su situacion léjos de los grandes mercados, no les produce lo que era de desear. Yo les he dado nuevas ideas, que se han puesto en práctica con gran provecho, y el pueblo va saliendo poco á poco de su antigua postracion. Las costumbres, ya de suyo inocentes, se han mejorado: hemos fundado escuelas, que no habia, para niños y para adultos: se ha introducido el cultivo de algunas artes mecánicas, y puedo asegurar á usted, que sin la guerra que ha asolado toda la comarca, y que aun la amenaza por algun tiempo, si el cielo no se apiada de nosotros, mi humilde pueblecito llegará á disfrutar de un bienestar que ántes se creia imposible.

En cuanto á mí, señor, vivo feliz, cuanto puede serlo un hombre, en medio de gentes que me aman como á un hermano; me creo muy recompensado de mis pobres trabajos con su cariño, y tengo la conciencia de no serles gravoso, porque vivo de mi trabajo, no como cura, sino como cultivador y artesano; tengo poquísimas necesidades y Dios provee á ellas con lo que me producen mis afanes. Sin embargo, seria ingrato si no reconociese el favor que me hacen mis feligreses en auxiliar mi pobreza con donativos de semillas y de otros efectos que, sin embargo, procuro que ni sean frecuentes ni costosos, para no causarles con ellos un gravámen que justamente he querido evitar, suprimiendo las obenciones parroquiales, usadas generalmente.

— ¿De manera, señor cura, le pregunté, que usted no recibe dinero por

bautizos, casamientos, misas y entierros?

— No, señor, no recibo nada, como va usted á saberlo de boca de los mismos habitantes. Yo tengo mis ideas, que ciertamente no son las generales; pero que practico religiosamente. Yo tengo para mí que hay algo de simonía en estas exigencias pecuniarias, y si conozco que un sacerdote que se consagra á la cura de almas, debe vivir de algo, considero tambien que puede vivir sin exigir nada, y contentándose con esperar que la generosidad de los fieles venga en auxilio de sus necesidades. Así creo que lo quiso Jesucristo, y así vivió él; ¿por qué, pues, sus apóstoles no habian de contentarse con imitar á su Maestro, dándose por muy felices de poder decir que son tan ricos como él?

Y no pude contenerme al oír esto; y deteniéndome mi caballo, quitándome el sombrero, y no ocultando mi emoción, que

llegaba hasta las lágrimas, alargué una mano al buen cura, y le dije :

— Venga esa mano, señor, usted no es un fraile, sino un apóstol de Jesús.... Me ha ensanchado usted el corazón; me ha hecho usted llorar. No creía yo que existiera un solo sacerdote así en México; jamás he oído hablar á un hombre de sotana ó de hábito, como usted acaba de hacerlo. Señor, le diré á usted francamente y con mi rudeza militar y republicana, yo he detestado desde mi juventud á los frailes y á los clérigos; les he hecho la guerra; la estoy haciendo todavía en favor de la Reforma, porque he creído que eran una peste; pero si todos ellos, fuesen como usted, señor, ¿quién sería el insensato que se atreviese, no digo á esgrimir su espada contra ellos, pero ni aun á dejar de adorarlos? ¡Oh, señor! yo soy lo que el clero llama un herege, un impío, un sansculote; pero yo

aquí digo á usted, en presencia de Dios, que respeto las verdaderas virtudes cristianas, como jamás las ha respetado fanático ó sayon reaccionario alguno. Así, venero la religión de Jesucristo, como usted la practica, es decir, como él la enseñó, y no como la practican en todas partes. ¡ Bendita Navidad esta que me reservaba la mayor dicha de mi vida, y es el haber encontrado á un discípulo del sublime Misionero, cuya venida al mundo se celebra hoy! Y ¡yo venía triste, recordando las Navidades pasadas en mi infancia y en mi juventud, y sintiéndome desgraciado por verme en estas montañas solo con mis recuerdos! ¿Qué valen aquellas fiestas de mi niñez, solo gratas por la alegría tradicional y por la presencia de la familia? ¿Qué valen los profanos regocijos de la gran ciudad, que no dejan en el espíritu sino una pasajera impresión de placer? ¿Qué vale todo eso

en comparacion de la inmensa dicha de encontrar la virtud cristiana, la buena, la santa, la modesta, la práctica, la fecunda en beneficios? Señor cura, permítame usted apearne y darle un abrazo y protestarle que amo el cristianismo cuando lo encuentro tan puro como en los primeros y hermosos dias del Evangelio.

El cura se bajó tambien de su pobre caballo, y me abrazó llorando y sorprendido de mi arranque de sincera franqueza. No podia hablar por su emocion, y apenas pudo murmurar, al estrecharme contra su pecho:

— Pero, señor capitán..... yo no merezco..... yo creo que cumplo..... esto es muy natural; yo no soy nada..... ¡qué he de ser yo! ¡Jesucristo! ¡Dios! ¡el pueblo!

VI

Después de este abrazo volvimos á montar á caballo, y continuamos nuestro camino en silencio, porque la emocion nos embargaba la voz.

La oscuridad se habia hecho mas densa; pero yo veia en el cura, cuyo semblante aun no conocia, algo luminoso; tan cierto es que la simpatia y la admiracion se complacen en revestir á la persona simpática y admirada con los atractivos de la Divinidad.

Iba yo repasando en mi memoria los hermosos tipos ideales del buen sacerdote

moderno, que conocia solo en las leyendas, y á los cuales se parecia mi compañero de camino, y no recordaba mas que á dos con los cuales tuviera una extraña semejanza. El uno era el virtuoso *Vicario de Aldea*, de Enrique Zschokke, cuyo diario habia leído siempre con lágrimas, porque el ilustre escritor suizo ha sabido depositar en él raudales de inmensa ternura y de dulcísima resignacion.

El otro era el *P. Gabriel*, de Eugenio Süe, que este fecundo novelista ha sabido hacer popular en el mundo entero con su famoso *Judio Errante*. En aquella época aun no habia publicado Victor Hugo sus *Miserables*, y por consiguiente no habia yo admirado la hermosa personificacion de Monseñor Myriel, que tantas lágrimas de cariño ha hecho derramar despues. Verdad es que conocia la historia de varios célebres misioneros cuyas virtudes honraban al

cristianismo; pero siempre encontraba en su carácter un lunar que me hacia perder en parte mi entusiasta veneracion hácia ellos. Solo habia podido, pues, admirar en toda su plenitud á los personajes ideales que he mencionado. Así es que el haber encontrado en medio de aquellas montañas al hombre que realizaba el sueño de los poetas cristianos y al verdadero imitador de Jesus, me parecia una agradabilísima pero fugaz, ilusion, hija de mi imaginacion solitaria y entristecida por los recuerdos. Y sin embargo, no era así; el sacerdote existia, me habia hablado, caminaba junto á mí, y pronto iba á confirmar con mis propias observaciones la idea que acababa de darme de su carácter asombroso, en pocas palabras dichas con una sencillez y una sinceridad tanto más incuestionables, cuanto que ningun interes podia tener en aparecer de tal modo á los ojos de un viajero

pobre, militar subalterno é insignificante. Cansado estaba yo, al contrario de encontrarme por ahí en los diversos pueblos que habia recorrido con las tropas ó solo, con párrocos alegres y vividores, de esos que se llaman á sí mismos *campechanos*, que habian creído halagarme, en mi calidad de soldado y de hombre de mundo, haciéndome participar de las dulzuras y placeres de una vida profana, alegre y libertina. Nada, pues, tenía de comun el carácter de este buen sacerdote con los que yo habia conocido por donde quiera. Todas estas razones produjeron en mi ánimo la estupefacción que es de suponerse y que me hacia caminar al lado del cura con una alegría mezclada de incredulidad: si alguien hubiese venido á contarme que existia en un rincon de la República, á la sazón agitada por las pasiones del clero, un sacerdote como el que yo me habia encontra-

do, francamente, lo habría creído con suma dificultad¹.

1. El carácter cuyo bosquejo he diseñado en este artículo, es rigurosamente histórico, y lo declaro aquí para que no se me acuse de haber querido crear á mi vez un personaje fantástico, semejante en algo á los que menciono arriba y que son tan conocidos en el mundo civilizado. El virtuosísimo sacerdote, cuyo nombre en la religion del Cármen fué el mismo que yo he escrito, y que dejó en el seno de aquella religion, hoy extinguida, los más santos recuerdos, volvió á tomar, al secularizarse, su nombre de familia que creo convenienté no revelar por hoy, hasta que publique yo un estudio biográfico que tengo escrito hace algunos años. El digno cura ha muerto hace tiempo; pero su memoria vive venerada cada dia más en el corazón de los que supieron apreciar sus rarísimas virtudes.

VII

De repente, y al desembocar de un pequeño cañon que formaban dos colinas, el pueblecillo se apareció á nuestra vista, como una faja de rojas estrellas en medio de la oscuridad, y el viento de invierno pareció suavizarse para traernos en sus alas el vago aroma de los huertos, el rumor de las gentes y el simpático ladrido de los perros, ladrido que siempre escucha el caminante durante la noche con intensa alegría.

— Ahí tiene vd. mi pueblo, señor capitán, me dijo el cura.

— Me parece muy pintoresco, le con-